

La fiesta de la sumisa.

Era una tarde gris. Él estaba nervioso. En el coche camino del trabajo de ella aún ni se lo creía.

Estaba emocionado, pero no sabía cómo iba a resultar.

Ella se subió al coche, como siempre: un revuelo de papeles, maletín, bolsas y un sinfín de cosas: siempre estaba ocupada con veinte cosas a la vez. Y por increíble que pareciera, podía con todo.

– ¡Dios qué día! Exclamó. No te vas a creer lo que están intentando hacer ahora: planifican una plataforma online para intercambiar recursos académicos que a su vez...

Sus palabras se empezaron a perder, lejanas mientras él se sumergía en sus propios pensamientos.

Tan sólo le llegaban palabras: “metadatos”, “hosting en la nube”, “ICC”, “Python”.

– Hey!! Te has saltado la salida!! El Mercadona está para allá.

Respiró. Sonrió. Se lamió los labios antes de pronunciar las palabras, saboreándolas.

– Es que no vamos al Mercadona.

– ¿Qué pasa? ¿Que prefieres Carrefour? Pensaba que íbamos al Mercadona. Tienen las pipas que me gustan. Las del Carrefour son una mierda.

– No. Hoy no vamos a ir a ningún supermercado.

Intentó decirlo serio aunque era complicado que no le asomara una sonrisa. Quería que su voz sonara interesante y misteriosa. Ella lo miró un segundo, socarrona.

– ¿Y se puede saber a dónde vamos, Don Misterios?

– ¿Te acuerdas de ese sitio al que te dije que te iba a llevar un día?

– ¿Qué sit...? Ahhhh. “Ese” sitio. – Sintió como sus ojos verdes se abrían como platos y se le quedaba mirando. Se llevó la mano a la boca. Se puso serio. Él se asustó.

– Oye que si quieres no vamos, ¿eh? No es obligatorio, sólo pensé que sería bonito darte una sorpresa.

– Nonononono, claro que quiero. ¡Es una sorpresa preciosa! Pero... ¿Así? Dios llevo unas pintas horribles. – La miró como juntaba las rodillas y se pisaba una punta del pie con la

otra. Con sus Converse y sus mallas era lo más bonito que había visto en todo el día, pero sabía a qué se refería.

– No te preocupes. Lo tengo todo planeado.

Le puso una mano en su rodilla, y ella la cogió fuertemente con las dos suyas, y así continuaron durante un par de kilómetros, en silencio, hasta que tomó una salida hacia un área de descanso y, con dificultad, porque se hubiera quedado así toda la vida, tuvo que recuperar la mano derecha para cambiar de marcha. Aparcó. Se bajó del coche y se dirigió al maletero. Realmente lo había planeado todo: ese área de descanso estaba lo suficientemente cerca de la autopista para que todo el que pasara por ahí tuviera perfecta visibilidad de lo que estuviera pasando en ella.

– Te he traído esto. Póntelo. – Le sacó un conjunto escogido especialmente para la ocasión: un vestido corto de terciopelo negro, sin mangas. Medias de rejilla con un ligero cómodo y unos zapatos de tacón (los únicos que ella tenía, en eso no había tenido mucha capacidad de elección), y un conjunto de sujetador sin aros (sabía que ella odiaba los aros) de encaje y unas bragas a juego, comprado para la ocasión. Ella cogió las bolsas y las husmeó un poco antes de dirigirse con ellas hacia el interior del coche. Mientras abría la puerta la interrumpió.

– ¿A dónde te crees que vas? No, no, no: te cambias aquí.

Ella miró alrededor y sonrió. Volvió al maletero y mirándolo retadora se empezó a sacar la ropa. Primero la sudadera, luego la camiseta, de alguno de esos grupos punk raros que le gustaban a ella, luego el sujetador deportivo. Se quedó ahí un segundo, sólo con la parte de abajo. Él pudo ver como a ella se le ponían duros los pezones y se le erizaba un poco la piel del pecho y sintió la presión en sus pantalones, con qué poquito era capaz de ponérsela dura. Siguió con los zapatos y los calcetines, hasta que se quitó las mallas. En su tanga asomaban unas caras de gato japonés de colores chillones, que la hacían parecer salida de un Hentai. Lo miró seria, retadora, y sosteniéndole la mirada empezó a sacarse, poco a poco, las bragas. Él sintió como la sangre cada vez le apretaba más y más en los pantalones. Las bragas ya estaban por los tobillos. Entonces, de pronto, un claxon grave y potente vino a romper toda la magia del momento “Moooooc, Moooooc”. Algún camionero salido debía estar

viéndolo todo y no pudo evitar tocar el pito. Los dos se sobresaltaron y ella le dio un ataque de risa. Él se contagió. La abrazó y la besó, sintiendo su calor y su sabor.

– Venga, vístete, que aún vamos a provocar un accidente.

La observó mientras se ponía las medias, concentrada con la ingeniería de una prenda que no se solía poner. Le agradó su dedicación, su interés en hacerlo bien, en domar esa prenda rebelde y conseguir encajar en ella. La veía disfrazarse para él y se sentía halagado y querido. Cuando por fin estuvo vestida era lo más bonito del mundo. Igual que antes, pero de otro modo. Ella se dio un par de vueltas mirándose en el reflejo del coche y puso cara de satisfacción. Se subieron de nuevo al coche. Él sacó de la guantera un lápiz de labios rojo y un rimmel.

– Ahora ponte esto.

– ¿Lo tienes todo planeado, eh?

– Shhhhh...

Sonrió y se cayó. Mientras se ponía el rimmel vio como su lengua se acercaba, juguetona, a la comisura de su boca. Se tuvo que frenar para no comérsela entera en ese momento. Se resistió y agarró con fuerza el volante, arrancando mientras ella sacaba el pintalabios.

– Ey que aún no he acabado, no voy a pintarme los labios en marcha.

– Pues vas a tener que aprender.

Ella se rió, entre fastidiada y retada. Vio por el rabillo del ojo como ella se pintaba los labios, dando un par de suaves volantazos para complicarle un poco las cosas. Un par de km más adelante, salieron de la autopista de nuevo. Ella empezó a resoplar. Le gustaba verla nerviosa. Cruzaba los brazos bajo el pecho y resoplaba. Se le escapaban risillas de nervios. En el Tomtom marcaba que habían llegado a su destino. Aparcó frente a un chalet elegante. La miró.

– Aún podemos echarnos atrás y volver a casa ahora mismo. Yo no me voy a enfadar y con esto tengo material para pajas durante tres meses.

– No, no quiero hacerlo. – Ella sonrió. Él notó como se le derretía el corazón. La besó:

– Te quiero.

Bajaron del coche y ella se dirigió a la puerta.

– Espera. Te tienes que poner esto. –

Sacó su bolsito de los juguetes y de él un precioso collar de cuero negro. Ella sonrió y se acercó y estirando el cuello se lo expuso, levantando el pelo. Le puso el collar despacito, paladeando el momento. Una vez que lo tuvo cerrado comprobó que la presión fuera adecuada metiendo un par de dedos en él y lo giró para dejar al frente la preciosa argolla plateada. Bajó la mano y le tocó bajo las bragas. Ella estaba mojadísima. Sonrió y volvió a notar la presión en los pantalones. Sacó la mano y chupándose con gula los dedos, fue hacia la puerta. Llamó y les abrieron, sin preguntar, tras unos segundos. Una cámara de seguridad los seguía mientras entraban en el jardín. Llegaron frente a la puerta del chalet, una gran puerta doble de madera. Llamaron y les abrió un tipo afable, un cincuentón atractivo, Roberto, el dueño de la casa, aparentemente. Los saludó efusivamente y los invitó a entrar. Era un recibidor cerrado, tras una puerta se escuchaban voces animadas y algo de música. Les dio dos besos a ambos.

– Bienvenido, Pedro y... Mónica, ¿verdad?

– Sí, Mónica.

– Es la primera vez que venís y estamos muy contentos de contar con vosotros. Pero este lugar es un sitio privado. Estamos encantados de recibir a gente nueva, pero somos muy selectos a la hora de relacionarnos con otra gente. Hace falta cumplir unos mínimos. Pedro y yo llevamos tiempo compartiendo puntos de vista por internet, y creo que ya tenéis conocimientos como para poder venir a nuestras pequeñas fiestas...

Miró a Mónica a los ojos:

– Si ambos queréis, por supuesto.– Ella contestó casi movida por un resorte, como quien contesta al profesor que la pilla distraída:

– ¡¡Sí sí sí, claro que quiero!! – Roberto sonrió.

– Me alegra tan buena disposición. – Se puso serio de nuevo.– Recuerda, amarillo para lo que sea bastante y rojo para lo que sea demasiado. ¿Cuál es vuestra palabra de seguridad?

– Tamagotchi – Contestó ella.

– Si la necesitas, úsala. En ese momento todo habrá terminado y te podrás ir a casa. Después de esto... ¿quieres seguir?

– Vamos allá.

Sacó una pequeña cadena plateada y se la enganchó en la arandela de su collar.

– A partir de este momento eres una sumisa a prueba. Obedecerás en todo. No podrás mirar a los ojos a los Amos y las Amas a no ser que te den permiso. No podrás hablar sin que nadie te haya preguntado o pedido que lo hagas, a no ser que sea un caso de extrema urgencia. A partir de ahora quien tenga tu correa o el permiso de tu Amo controlará tus movimientos, tus necesidades fisiológicas y tus orgasmos. Si no te portas bien, podrás ser castigada. Y recuerda: siempre mejor pedir permiso que pedir perdón. A partir de ahora tu nombre es “Nueva”, durante la sesión recibirás un nombre nuevo, y este será tu bautismo.

Bienvenida.

Roberto abrió la puerta con gesto teatral y entraron en un pequeño pasillo, decorado con cuadros y libros, que daba a una gran estancia. Esta daba a su vez a un par más, cuyas puertas estaban tapadas con pesadas cortinas de terciopelo. Habría como unas 20 personas, entre hombres y mujeres. Ella sonreía, intentando resistir la tentación de mirar a las caras de la gente pero muerta de la curiosidad por verlo todo, los ojos le saltaban arriba y abajo, mirando y esquivando a la gente a la vez. Había hombres con petos de cuero y collares similares al de ella picoteando de una mesa con aperitivos junto a hombres vestidos con traje de chaqueta, chicas vestidas elegantes con sutiles collares que con pedrería insinuaban una arandela, pero solo visible para quien supiera ver, bailando animadas con otras con conjuntos salidos de una película de Mad Max y amas con tacones de infarto charlando con tipos con pinta de programadores informáticos. Se pusieron en el medio de la sala. Roberto dio un par de palmadas suaves, llamando la atención de la gente. Todos se callaron y se acercaron.

– Ahora puedes levantar la mirada. Tienes permiso.

Levantó la mirada y vio las caras que tenía frente a ella. Casi todos sonreían. No pudo evitar bajar la mirada.

–Ellos son Pedro y Mónica. Como sabéis, hoy es su fiesta de bienvenida. Su palabra de seguridad es “Tamagotchi”.– Una sonrisa asomó en algunas bocas. – Y esperamos no tener que utilizarla. Bienvenidos. – Roberto aplaudió y todos aplaudieron y ella en ese momento no supo donde meterse y tuvo ganas de salir corriendo o de saltar o de gritar o no sabía de qué. Miró a Pedro, y vio que él estaba exactamente igual. Le sonrió. Roberto puso entonces la correa en la mano de Pedro. Él se acercó a ella y la besó, suavemente en la boca.

– Te adoro. – Le susurró al oído. Roberto levantó la mano, solicitando de nuevo la correa. Pedro se la cedió ceremoniosamente. Ella sabía que ya, por fin, todo había empezado.

(Continuará)